

AL expresidente Gonzalez le han llamado fascista en la Universidad de Alicante. Se incorpora al nutrido grupo de personalidades que han sufrido un escrache, término cacofónico que representa coacción, nunca libertad de expresión. No faltan seguidores de la vieja consigna gironiana que pedía fanatismo intransigente en las ideas y no hacer la menor concesión a las opiniones ajenas. Este es un mandato intercambiable, bien decía Baroja que comunistas y fascistas eran cara y cruz de una misma moneda.

Estamos acostumbrados, en fin, a que cualquier indocumentado se despache tildando de fascista a quien no piense como él. Pero que se emplee ese término en la universidad con tanta ligereza me produce una como erisipela moral. Por lo poco que uno sabe, en esa institución deben de circular quienes buscan el conocimiento. Y esto implica, creo, acercarse críticamente a una realidad poliédrica. Así, cuando se desprecia a quienes piensan de otro modo, sin análisis ni crítica sosegada, sobre la universidad y bastan tabernas.

Pero, puestos a rizar el rizo, en el acto que pretendieron sabotear estudiantes o profesionales de la algarada, que tanto abundan, se gritó o se rotuló otra lindeza: «Fuera empresarios de la universidad». Ahí es nada. El empresario es un enemigo genérico al que hay que desterrar. No pinta nada en los campus. Quien ejerce la actividad empresarial es un explotador de los trabajadores que se revuelca en el fango de su propia ignominia. Fuera empresarios, pues, de los templos del conocimiento. Empujemos a los océanos al neoliberalismo. Desde luego, los chavales que se entretuvieron en expeler el eslogan son genios. Veamos por qué.

En primer lugar, porque como todo el mundo sabe en ningún lugar del mundo hay cauces de participación y colaboración, ni sinergias entre las universidades y las empresas. Pretender que el progreso científico sea algo que pueda tener que ver con aquellas es una imbecilidad, vamos. Y, desde luego, nada sabemos de patrocinios o financiación a líneas de investigación en las aulas. Algo indeseable. Por supuesto, olvidemos esa tontería de que los alumnos puedan completar su formación en empresas, es decir, en la vida real.

En segundo término porque los graduados, como es evidente, encontrarán todos acomodo laboral en entidades públicas, que son las generadoras de riqueza y bienestar nacional. Para nada precisarán de los empresarios, papá Estado todo lo solucionará, ¿verdad?

¡Cuánto fanatismo! Claro que hay malos empresarios. Como estudiantes, profesores, funcionarios, o futbolistas. Pero la generalización, ligada a la ceguera ideológica; el escaso sentido crítico enrocado con la consigna, merecen la mayor de las reprobaciones, me parece.

Necesitamos una España en la que se embista menos y se lea y se trabaje más. En la que intelectuales, empresarios y obreros caminen juntos hacia una misma meta: el bienestar de todos. En la que el amojonamiento ideológico, sin perjuicio de la defensa de las ideas, no derive en las trincheras. Necesitamos una nación abierta de miras. Y, sobre todo, necesitamos menos tonterías. Por favor.